

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discipulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.
A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

La moneda de Dios

«Dios tiene moneda en los tesoros de su justicia para todos los que le ofenden y para los que en El ponen su voluntad y confianza.»

I

La tarde estaba espléndida; don Sebastián que necesitaba mucha tranquilidad y mucho aire puro, quiso disfrutarla en la aldea. En el mismo tranvía que él viajaba y en el asiento inmediato, charlaban animadamente dos jovencitas entre dieciocho y veinte años; pero, cosa rara, no hablaban de modas ni de novios, ni murmuraban de amigas ausentes, sino que, como dos experimentadas de la vida, iban comunicando sus afanes en el trabajo, sus penas, sus apuros...

Tuvo que oírlas por fuerza don Sebastián, y siempre interesado en las aflicciones del prójimo, que solía dulcificar con verdadera caridad cristiana, empezó a prestar más atención a aquellas jovencitas, sobre todo a la que parecía sufrir penas muy amargas.

—¡Ay! hija, trabajo más de lo que permiten mis fuerzas; para mí no hay fiestas, no puede haberlas; un día sólo que falte el jornal en mi casa, desnivele de un modo alarmante. Mi padre gana poco; está el pobre muy cansado ya del trabajo a que se dedica. Mi madre arregla la vida de la casa, y yo siempre pegada a la máquina de coser, y gracias, si tengo siempre costura!

—Verdaderamente que en esto del trabajo algunas tenemos bien poca suerte. Dios lo dispone así, paciencia. Después de todo, la salud no nos falta, que es la mejor fortuna. Oye, ¿concluiste de pagar la máquina?

—No, y esto me consume. Aún debo veintisiete duros. Cualquiera día me la quita la Compañía por no satisfacer los plazos convenidos, y aquí verás luego a la pobre María haciéndolo todo a mano y ganando menos por abarcar menos.

—No desconfíes; Dios, que ve tus apuros de hija buena, no te abandonará.

—Esa esperanza me queda y eso le pido, que no me abandone.

—¿Y a dónde vas ahora?

—A entregar estos cubre-corsés a la señora de don X.

—Ah, sí... ¿Te paga bien?

—Siempre me hace esperar bastante.

—Algunas señoras se creen, sin duda, que las de nuestro oficio tienen, como ellas, «cuenta corriente» en el Banco. La verdad, chica, para estas tales

hay poca gracia de trabajar. ¡Tengo yo una de recibos pendientes con la «coletilla» de «ya pasaré por su casa!...»

—También yo, y sin embargo hay que trabajar; al menos la esperanza de cobrar algo es ya una esperanza. Bueno, chica, hemos llegado.

—Yo voy más arriba.

—Entonces, adios.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

A don Sebastián se le reveló aquella pobre María como una excelente muchacha, amante de sus padres, trabajadora, sufrida, sin rebeldías contra su humilde condición y, sobre todo, muy confiada en Dios. Sí, pensó don Sebastián, ella espera que Dios no la abandonará, y Dios la ha puesto en mi camino para que yo me porte como quien soy. ¡Dios mío, Dios mío, que estas obras mías sirvan de reparación a mis olvidos e ingratitudes de otros tiempos.

Don Sebastián no tardó más de un día en informarse del domicilio de aquella pobre obrera y de todo lo demás que convenía a que su protección fuese acertada y provechosa, como él deseaba.

Había tomado con empeño su obra caritativa.

Para no herir susceptibilidades, se introdujo así:

—Me han informado que es usted hábil costurera en blanco, y por esto mismo vengo a que me diga si podría hacerme una docena de camisas.

—Desde luego, sí, señor. ¿Le corren mucha prisa?

—Prisa ninguna. Me gusta tener repuesto abundante.

—De todos modos, como ahora no apura el trabajo, podré entregárselas a fines de la semana próxima.

—Pronto es. ¿Tiene usted muchas oficiales?

—Una prima mía nada más... Y me basta.

—A poco personal, poco trabajo y pocas ganancias, y la vida está muy cara.

—¡Bien lo sé, señor!; tengo padre, que también ayuda con su jornalito, aunque pequeño. Mi madre ayuda con los menesteres de la vivienda, salud no nos falta, gracias a Dios, y vamos pasando.

—¡Y van pasando! Hoy no se piensa así, hoy se dice y vamos luciendo, y vamos gozando y vamos trampeando.

—Eso no es para nosotros, ni lo deseamos; yo creo que hay más felicidad en la vida modesta que en la fastuosa.

—¡Oh, qué razón tiene usted, joven! Pero qué pocas piensan así. Dios le

conservar siempre esos sentimientos y ese bien que disfruta dentro de la modestia cristiana. ¡Quién hubiera tenido una hija así!

—¿Es usted solo?

—Desgraciadamente. Mi esposa murió de afección moral más que de mal físico; mi hija... un amor culpable la arrancó de mis brazos..., me queda el consuelo de saber que murió arrepentida de su falta; yo quedé para castigo de mis excesivas complacencias..., de mis incontables pecados de mal esposo y mal padre. ¡Qué mal sabemos algunos disfrutar cristianamente de las riquezas y comodidades cuando Dios, bondadoso, nos las concede!

—¡Pobre señor, cuánto debe usted de haber sufrido y de sufrir con estos recuerdos!

—Mucho, pero dejemos eso; creo que para un simple encargo de camisas la he entretenido demasiado. La bondad de usted, señorita, sabrá perdonarme. Cuando estén terminadas estas prendas me las envían a la calle de S... núm... y con la cuenta que, si usted me lo permite, vendré yo mismo a hacerla efectiva.

—Como usted disponga, señor, cumpliré sus indicaciones y no desespero con sus sufrimientos, que Dios nuestro Padre todo lo ve y lo ordena a nuestro mayor bien.

—Cierto, cierto. Hasta otro día, señorita.

—Vaya usted con Dios.

II

—Don Sebastián quedó satisfechísimo de la labor de la obrera y al pagársela encargó más, que si no le hacía mucha falta a él, no le venía mal a ella por lo que don Sebastián iba observando.

En estas visitas que él procuraba menudear, porque estaba decidido a hacer en lo posible la felicidad de aquel hogar cristiano, había tomado trato íntimo con los padres de la joven, sencillos y campechanotes a la antigua, sin esas estudiadas y románticas formas que a tantos ponen en ridículo.

Hablando, hablando, los buenos viejos, en tanto la joven trabajaba, sin levantar cabeza, como suele decirse, llegaron a encariñarse deseándose más frecuente comunicación; ya no necesitaba don Sebastián pretexto alguno para sus visitas; allí en aquella casa bendita de obreros había encontrado él un gran lenitivo a sus dolores, y quiso agradecerse con sus recursos que no eran escasos, ¿para qué sino para estas cosas quería sus riquezas? Sólo

CHARLA

lo que no dejaba de comprender que aquellos buenos amigos no habrían de admitir lo que no fuese producto de su honrado trabajo y por esto don Sebastián andaba siempre en busca de ocasiones propicias o como si dijéramos al «quite». Estas ocasiones habíase Dios encargado de proporcionárselas, dispuesto, sin duda, a premiar también en este mundo la fidelidad de sus humildes siervos.

Una tarde que nuestro buenísimo don Sebastián acudía, según costumbre, a conversar con sus amigos, se encontró en la misma puerta con un hombre que al salir, decía incomodado:

—No podemos admitir tantas dilaciones. Esta misma tarde vendrán por la máquina, y hemos terminado.

Don Sebastián se acordó en seguida de lo que había oído a la joven en el tranvía, la tarde que la vio por primera vez. Así que, dirigiéndose al que acababa de hablar, le interrogó:

—¿Qué máquina es esa, si se puede saber?

—Esta, cuyo valor contratado es de cuarenta duros; y como ya hace tiempo que estos señores deben veintisiete duros para terminar todos los plazos, por eso se acordó recogerla. Así está, clarito, en el contrato de venta.

—Muy bien, extiéndame ahora mismo el recibo de esos veintisiete duros, y no hay más que hablar.

—Conformes, ahora mismo, sí, señor. Aquí tiene usted la carta de pago.

—¡Don Sebastián!.. ¡Don Sebastián!.. ¿Por qué hace usted eso con nosotros? ¿Por qué?..

No pudo continuar la joven; el llanto se lo impidió. Los padres miraban a don Sebastián, sin saber qué decirle.

—Hago esto, señorita, porque soy lo suficientemente rico para ello, y porque no puedo consentir que la virtud y el trabajo sufran de este modo en mi presencia. Ea, usted a coser tranquila y satisfecha en esa máquina, que ya es de su propiedad, y yo a charlar, como siempre, con sus padres, gozando en lo más íntimo de mi alma esta buena obra que Dios me ha permitido hacer. Yo soy su administrador, y los administradores de Dios, para eso tienen las riquezas, para no dejar que sufra privaciones el prójimo laborioso y honrado.

—Pero, don Sebastián...; si nosotros...

—Basta ya. Aquí no ha pasado nada.

—Dios le bendiga, don Sebastián. Es usted un santo—pudieron, al fin, exclamar temblando de emoción, los padres de la joven.

—Nada de santidad. Sencillamente deber de ricos. ¿Qué, don Manuel, jugamos la partidita acostumbrada?

—Bueno, pero... déjeme perder siempre para tener el gusto de pagarle algo, ya que no puedo de otro modo.

—¡Ja, ja, ja! qué don Manuel este.

... ..
—Padre, esta carta acaban de traer para usted. No sé por qué me da mala espina; siempre será otro disgusto.

—Puede que sí, hija, porque yo no acostumbro a recibir cartas y cuando alguna viene es cosa de armarse de valor.

... ..
—¿Qué es, padre?

—Todo sea por Dios. Me avisa el amo de la casa que vaya buscando, pues, la ha vendido y el nuevo dueño quiere hacer reformas en ella.

—Con lo caros y escasos que están

ahora los pisos. ¿Qué va a ser de nosotros, Dios mío? Apretaditos estábamos aquí, pero satisfechos y tranquilos y ahora... María no pudo seguir lamentándose, el llanto la ahogaba, sus padres se miraban sin saber qué decir ni qué hacer. Sólo don Sebastián contemplaba aquel cuadro con sonrisa de satisfacción.

—Ustedes, dijo, creen esto una gran desgracia, no ven el remedio por parte alguna; pues bien, yo doy por esto mil gracias a Dios que así facilita los caminos de la felicidad a sus escogidos. Viendo ustedes aquí seguros y tranquilos yo no me atrevería nunca a exponerles mis proyectos de hace tiempo, pero en vista de lo que acaba de suceder voy a indicárselos. En mi posesión que es grande y casi a la entrada del pueblo hay huerta y jardín muy espaciosos y surtidos; en medio del jardín tengo una casita soleada, espaciosa, alegre, a propósito para un matrimonio como ustedes; yo necesito allí quien cuide mis intereses, pues vivo... casi solo y así no estoy bien. Usted don Manuel, si quiere, dejará ese trabajo rudo que tiene y se dedicará en la huerta y el jardín a sus aficiones predilectas: su esposa atenderá la casita, como aquí, y esta hija de bendición coserá lo que quiera en su oficio o para la casa. Yo más cerca de ustedes, casi siempre con ustedes, viviré feliz... en lo que cabe acordándome de otros tiempos en los que disfrutaba yo como ustedes ahora, el amor de la familia, perdido ya para siempre. ¡Oh, amigos míos, no nieguen esta satisfacción, este gran favor a un pobre viejo que ha encontrado en ustedes nobleza de alma, honradez cristiana, amistad sincera...

Ahora era don Sebastián quien tenía los ojos cubiertos por las lágrimas y sus amigos los que le contemplaban, conmovidos de gozo ante solución tan inesperada como feliz.

—Don Sebastián, por usted estamos dispuestos a todo, si en ello es verdad que le damos motivo de satisfacción, contribuyendo a aliviar sus tristes recuerdos. Ordene como y cuando guste. Su amistad, su protección y sus bondades con nosotros que nada hicimos para merecerlas, las consideramos un don del cielo.

—Dios se ha querido servir de mi humilde persona para recompensar a ustedes su fidelidad y confianza en El, como en mí ha castigado la falta, en otros tiempos, de estos ineludibles deberes. Por todo Dios sea bendito.

J. O. F

Al Santísimo Rosario

Es, oh rosario, tu murmullo santo
la más dulce y suave melodía,
la más bella inspirada poesía;
el más sublime y elevado canto.

Eres del alma, celestial encanto,
collar de incomparable pedrería,
insignia de divina gerarquía
y luz, incienso, fortaleza y llanto.

De tus misterios, cándidos arcanos,
se deslizan raudales infinitos
de ciencia, amor y dones sobrehumanos,
y tus fieles devotos y contritos
lejos, por tí, de los afanes vanos
gustan tus bienes santos y benditos.

UNO DE LA COFRADÍA.

—Sin duda tu debes de ser... el diablo Burlón, ¿eh?

—Efectivamente; ¿en qué me lo conociste?

—Lo de diablo en ese sello de condenación eterna que no puede confundirse con otro alguno, y lo de burlón en tu figura y en tus muecas ridículas.

—Pues aquí donde me ves soy el más grande conquistador de almas que se achicharra en las cavernas de mi señor Satanás.

—Lo dudo, porque tu figura repele.

—Pero como no me ven mis víctimas por eso «corto el bacalao» aquí en la tierra. ¿Quién no claudica ante una burla por mí inspirada? ¿Quién no deja hasta sus prácticas piadosas si tiene enfrente un discípulo mío que suelta un chiste al beato o una sonrisa de lástima? ¿Cuántos hay fuertes al respeto humano? ¿Y qué es el respeto humano sino una risita burlona?

—Muchos hay que de tu risita burlona no hacen el menor caso.

—¿Quieres bajar conmigo a los infiernos y ver cuántos caen allí por tenerme miedo?

—¡Valiente viaje me propones! Eso ni por vía de prueba.

—Temes el desengaño. Pues ten en cuenta que si no fuese el respeto humano tendríamos la batalla muy perdida.

—Veta a los templos aunque sea para fisgar y verás qué fervor en las almas.

—Esas mismas almas «fervorosas» contéplalas fuera de los templos y dime si son las mismas. El respeto humano las ha vencido.

—¿A todas?

—A casi todas. Acuérdate de aquellas palabras que dijo... el que tu sabes: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

—Quien te oiga creerá que todo el mundo es tuyo. Y yo sé que hay mucho bueno aunque no todo salga a la vista.

—Tú tienes un periódico que me hace la guerra.

—Toda la que puede ¿por qué no he de procurar que mi prójimo como yo mismo ame a Dios y evite tus peligros?

—¿Y tú dijiste el otro día que yo iba a rezar el rosario?

—Sí, supe tus mañas y quiero descubrir las.

—¿Pero tú sabes qué casta de rosario es el que yo rezo?

—Desde luego y por eso quiero prevenir a algunos.

—¿A que no?

—A que sí.

—Haz la prueba.

—Ahora mismo. En el Nombre de Dios todo poderoso y para enmienda de muchos que llamándose devotos del Rosario no lo rezan con la devoción debida, te mando que trabajes al descubierto, sin disculpas ni engaños; que se te vea bien la figura para que te echen lejos a donde debes de estar por tu soberbia y rebeldía.

... ..
Vamos, hijos, que ya es hora de rezar el rosario. ¿Quién falta?—Nadie; papá y mamá están, Santiaguito y Luis y Antonia, también, las muchachas y los criados de la labranza, presentes, pero espera, papá, está aquí un personaje feo y ridículo que no se quién es...

—Dejadlo, será algún transeunte de voto que oyó mi llamada y querrá rezar...

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¿De qué te ríes Luis?—De ese hombrón que está haciendo cosquillas a Santiaguín para que se ría.—¡Cuidadito!... María Madre de Gracia y Madre de Misericordia... Antonia no te duermas ya, tú siempre lo mismo, nunca has de terminar el rosario... Primer Misterio... Santiago deja de pellizcar a Luis que las vas a llevar.—No soy yo, es este diablo feo.—¿Usted viene a rezar o ha hacer perder la devoción en mi casa?—Vengo siempre por aquí y rezo el rosario a mi modo.

—Ponte de mejor postura para rezar, que estás hablando con Dios... Padre nuestro que estás en los cielos...

—El pan nuestro... dánosle hoy... a nuestros deudores... y no nos dejes caer en la tentación... amén Jesús...

—Tú comes la mitad de las palabras, eso no es rezar.

—Me las está diciendo este hombre feo...

—¡Salga usted de aquí ahora mismo!

—Mira, yo así no puedo trabajar, me ven y me despiden; déjame oculto y verás cosas famosas.

—¡No! Que te vean y te despidan para que el rosario se rece como es debido.

—Santa María... ahora y en la hora... amén Jesús.

—No te duermas, Pedro...

—Pero madre si ya es muy tarde y estoy cansado.

—Hay que rezar el rosario, siempre se rezó en casa.

—Sí, pero ahora ya no se usa; los vecinos se ríen de nosotros y aquel hombre que siempre nos está mirando también.

—Dejalo, es el diablo que no quiere esto.

—Que sea, yo cualquier día me planto.

—Bueno hijo, lo rezaré yo sola por tí y por mí.

—Como usted quiera, madre... si no fuera por aquél... puede... pero así... yo no continuo ¡vaya!

—Ya ves, este mozalbete empieza a rebelarse como yo un día, más si me sigue viendo tan feo y ridículo puede que pierda mi jornada.

—Continúa a la vista, enemigo de la almas; te lo mando en nombre de Dios.

—¡Siempre El sobre mí!...

—Tercer Misterio... La «cruz a cuestas».

—¿Qué estás diciendo, hombre? será la «coronación de espinas».

—Es que estaba pensando en aquel de por la mañana que quiso timarme dos pesetas...

—Bueno, deja eso ahora y piensa en lo que rezas.

—¿Qué dice usted?

—Que sigas.

—No, si le pregunto a ese personaje que está a mi lado.

—¡Uf! qué feo; te está distrayendo, es el demonio... Preséntale la cruz del rosario.

—Otro que me echa con cajas destempladas.

¡Maldito sea!

—¡Continúa!

—Sí, derrotándome a lo tonto.

—En esta casa no rezan todos ustedes el rosario y eso que es casa católica según el ama. Falta el esposo que está en el Casino hasta las tantas de la noche y los hijos que también andan por ahí ¡Solo la mamá y las niñas, medio dormidas cuando no se están contemplando al espejo el atrevido escote y estudiando posturas!

—¿Quién me habla así?

—Yo, el diablo Burlón por mandato superior. El que te lleva siempre el esposo y los hijos... y las hijas, quedándote tú sola devotita, que pasas por todo...

—Mándalos que vengan a rezar conmigo.

—¿Yo? Si acaso rezarán «mi» rosario, no el tuyo y entonces menuda salsa armaríamos todos.

—No puedo, no puedo continuar descubriendo mis planes y burlas; yo trabajé siempre y trabajaré con engaños y sin darme a conocer.

—Mi rosario así abunda y con él recojo almas a granel ¡No volverás más a tenerme por tu cuenta!

—Algo conseguí para este mes del Rosario.

Que se den por avisados sus devotos.

Labrador, abre los ojos

¿No te acuerdas haber leído en la escuela la fábula de la Vaca, la Cabra, la Oveja y el León?

Si no la leiste o la leiste ligeramente, te aconsejo la leas bien ahora.

Una vez: allá por los tiempos de Mari-Castaña salieron a guisa de cazadores en amigable consorcio la Vaca, la Cabra, la paciente Oveja y el León.

La suerte deparoles un enorme ciervo.

El León alardeando de equitativo lo dividió en cuatro partes.

Cada compañero disponíase ya a llevar a su respectiva guarida la parte correspondiente, cuando el León se yergue airoso, sacude sus melenas y separando con sus garras cada uno de los cuarterones dijo: «esta parte me toca a mí porque me llamo León; la segunda me corresponde porque soy fuerte; la tercera me la dareis porque valgo más, y la cuarta me la adjudicaréis porque mal lo pasará quien se atreva a disputármela.

Tan necias fueron las domésticas reses en asociarse con el Rey de los bosques como los labradores en dejarse llevar por los socialistas.

Por poca vista que tengáis debíais de ver que las asociaciones son, en toda tierra de garbanzos, solamente con los de su oficio y profesión; canteros con canteros, sastres con sastres, telegrafista con telegrafista. Esto por algo será y este algo cualquiera lo comprende.

De lo cual se deduce claramente que al labrador solo con sus vecinos labradores le conviene la unión.

Y sobre todo a la sombra de la Iglesia a la que se cobijaron muy contentos vuestros padres, abuelos y ascendientes todos.

José Gómez y Gómez.

Sabios de pacotilla o monos sabios

—Estoy convencido: ¡no hay Dios!

—Perfectamente.

—Y no habiendo Dios no hay religión.

—Muy bien.

—Y sin religión no hay moral.

—Deducción lógica.

—Y faltando la moral no hay ley que obligue.

—¡Admirable!

—Y no habiendo ley soy dueño de hacer lo que me dé la gana.

—Exacto.

—Y de apropiarme lo que usted posee.

—Y yo de apoderarme de lo de usted.

—Y saquear las casas de los ricos.

—Y yo también.

—Y de quemar las iglesias y todo lo que trasciende a religión.

—Y yo puedo pegar fuego a los clubs revolucionarios y masónicos con todo lo que haya dentro.

—Eso no es posible.

—¿Por qué razón?

—Porque el progreso lo prohíbe.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no habiendo Dios no hay religión, y que sin religión no hay moral, y sin moral no hay ley que obligue?

—Sí señor; pero eso se refiere a la ley invocada por la ignorancia, el fanatismo y la reacción.

—De modo que la ley de usted es la del embudo.

—Es la de la libertad, la de la razón la del progreso... la de...

—Sí, sí, entendido.

El pensamiento libre

proclamo en alta voz,

y muera el que no piense igual que pienso yo.

De modo que usted no reconoce a Dios, pero proclama su propia autoridad; no quiere usted religión, pero se empeña en que todos caigamos de rodillas ante los altares de sus ídolos; rechaza usted la moral, pero acepta una para su uso particular; no admite usted la ley, pero desea imponerla a los demás a garrotazos. ¿No es esto?

—¡Hombre!... me parece que ha sacado usted la cuestión de quicio.

—No hay tal; he discurrido lógicamente, partiendo de la creencia de usted de que no hay Dios.

—Y aunque existiera Dios, ¿qué?

¿Piensa usted que Dios se ha de entretener en dictar leyes todos los días a los hombres, como un catedrático señala la lección a sus discípulos para el día siguiente?

—No, señor; eso precisamente es una prueba de la verdad de las leyes de Dios. Jesucristo las dictó durante su divina predicación, y desde entonces la verdad revelada no ha variado en un ápice, ni variará jamás. Todo cambia, todo se modifica, todo sufre alteración con el tiempo, menos la palabra de Cristo. Pasan las generaciones, los imperios, las repúblicas, las naciones, los conquistadores, los sabios, los ignorantes, los malos, los buenos, pero aquella Verdad no pasa nunca; siempre permanece en pie, erguida, majestuosa, desafiando las tempestades de la ciencia incrédula, las burlas de los impíos, las chocarrerías de los necios y la elocuencia de los retóricos, que vienen a estrellarse en la «piedra» fundamental de la Iglesia.

—Palabras y palabras.

—Hechos y hechos. ¿Ha visto usted si la Iglesia ha borrado una sola letra de sus verdades, convencida de su inutilidad por los argumentos de sus adversarios?

—No tengo noticia de eso.

—Lo creo, porque generalmente el hombre tiene afición a hablar de lo que no sabe una palabra.

—Ya empezamos con pullitas.

—No son pullitas, sino verdades las que dirijo. Estoy seguro que usted conoce en materias religiosas lo aprendido en cuatro libracos de otros tantos incrédulos, que a su vez aprendieron sus argumentos en otros de igual índole que ellos leyeron; porque, a decir las cosas como son, los «sabios» incrédulos de estos días no han inventado nada, contentándose con plagiar los errores cien veces combatidos en otras épocas. Sabios de pacotilla son éstos, los cuales, como las ratas, meten su hocico en las tumbas para «alimentarse».

—Así no se puede discutir.

—Ni con ustedes se debe discutir de otro modo, porque para negar que Dios existe, que es el fundamento de sus ridículas lucubraciones, debería usted afirmar que usted procede de cualquier animal, mineral o planta que hubiera brotado espontáneamente; en cuyo caso sería usted descendiente de la ostra, de la piedra o del alcornoque, y con un sér de esta procedencia ¿qué hombre, hijo de Dios, podrá discutir sin rebajarse?

ORACIONES DE NIÑO

Un hombre que en la niñez aprende a rezar, no lo olvida jamás. Las pasiones y las luchas de la vida, las rebeldías de la razón y de los sentidos,

podrán conducirlo a la incredulidad y aun a los peores excesos. Pero un resto de fe infantil queda en el fondo de su alma, como los caracteres del primitivo manuscrito en el pergamino de un palimpsesto. Llega la hora de la prueba, la hora de un gran dolor físico o moral. ¡Ah! ¡Cómo se acuerda en seguida el hombre maduro del día ya lejano, en que arrodillado en la cuna, sentía en sus mejillas el calor del rostro de su madre, que le enseñaba el «Padre nuestro» y el «Ave María.» Entonces sentirá que su orgullo se derrumba y lanzará ese grito, tan propio de toda boca humana: ¡Dios mío, tened compasión de mí!

Este grito para un alma que naufraga, lo sé por experiencia propia, es el faro que brilla en las tinieblas, junto al puerto de salvación.

Coppée.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. C. P. de Miyares.—Pagó fin Setiembre 1924.

Sr. D. I. A. Madrid.—Id., fin Julio 1924.

DONATIVO

Un amante de la Buena Prensa. Pola de Siero, 5 pesetas.

IMP. LA RECONQUISTA.—Gijón.

+

CUARTO ANIVERSARIO

Doña Etelvina La Roza de Soto

TERCIARIA FRANCISCANA

descansó en el Señor el día 5 de Octubre de 1920

confortada con los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad

R. I. P.

Su esposo, hijos y demás familia,

Piden en caridad a los piadosos lectores de RELIGION Y PATRIA una oración por el alma de la finada.

Interceder por las almas de los difuntos es cumplir un deber de religión y piedad.

En sufragio del alma de dicha señora se celebrará un novenario de misas en la parroquia de San Lorenzo.

La Vigilia de la Adoración Nocturna correspondiente a la noche del 4 al 5 del actual también será aplicada en sufragio de la finada.

Vindo e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, roza y cristal.—Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios

San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 ::

GIJÓN C

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica — — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FABRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos
:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJON C.

GRANDES ALMACENES de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

ACEBAL, RATO Y COMP. FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : Gijón

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca
Pídase en las tiendas de comestibles

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312.

OBRAS TEATRALES

A PROPOSITO PARA SOCIEDADES OBRERAS Y RECREATIVAS:

- El Anarquista (2.^a edición).—Drama en dos actos, verso y prosa..... 1 peseta.
- La Jauja Socialista. Juguete en un acto y tres cuadros..... 1 »
- (La música de esta obra)..... 3 »
- Mitin Socialista..... 1 »
- El Señorito. Juguete cómico en un acto..... 1 »
- El Requeté. Comedia en tres jornadas..... 1 »

Colecciones de RELIGIÓN Y PATRIA, años 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 a 5 pesetas cada una.

Envíos certificados 0,40 de peseta más.

Los pedidos con su importe a esta Administración.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y siete años de práctica

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63

GIJON